

9 de abril

JUEVES SANTO

Llega la hora de la cena, como todos los días de nuestra vida. La hora en la que volvemos a anudar los lazos del amor en familia, descansamos de las fatigas del día y refrescamos nuestro cuerpo cansado antes del reposo de la noche. Pero esta noche no es como las otras noches, esta cena es la cena de la pascua que, desde hace más de mil años, el pueblo fugitivo de Egipto celebra, y recuerda en las familias salvadas por la sangre del cordero que pintaba de rojo la madera de la puerta de la casa. Y para los discípulos de Jesús se convierte en la cena última y única, que repetirán luego en memoria de Él.

Al inicio de su aventura, en aquella fiesta de bodas en Caná, él había dicho a la madre que no había llegado aún su hora y, sin embargo, transformó el agua en aquel vino que, probado por sus discípulos, les llevó a creer en Él. Ahora Jesús sabe que ha llegado su hora, y les donará el vino convertido en su sangre. En el recuerdo de Juan está claro que Jesús los había amado siempre, pero aquella noche, los amó hasta el extremo: clave de lectura de aquella cena memorable. Jesús, con gestos y palabras, la hace inolvidable. Se despoja de sus vestidos. Gesto de servicio, de intimidad. No tiene ya la auto-

ridad del vestido, está como aquel que sirve. Los prepara para verlo, pocas horas después, capturado, humillado, abofeteado, flagelado, crucificado. Sobre la cruz, sin aquel vestido tan bello que los soldados se juegan a suertes. Sin vestido, como están los pies para ser lavados. Jesús sabe que Judas tiene la intención de traicionarlo, y su reacción no es de rabia, ni de revancha, ni de defensa. Al contrario, se abaja, se desnuda, sirve, lava los pies, también los de Judas, ayuda, llena de amor a todos los suyos, trata de vencer el mal con el bien. Persevera en su lógica, no se doblega a aquella de quien lo traiciona. No se doblega tampoco a la lógica de Pedro, que no quiere que Jesús haga con él el típico gesto del esclavo. Le responde: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Entonces Pedro cede.

La lógica del amor prevalece sobre la mentalidad ligada a la jerarquía del poder. Para ser parte con Jesús es necesario dejarse amar por Él, dejarse lavar. Como hace un niño con su madre. Como hace un patrón con su siervo. Es verdaderamente denso el silencio entre los discípulos, y fuerte aquel gesto. ¡Él, que es el Maestro y Señor, se abaja a lavarnos los pies! Lo hace para que entendamos y no nos olvidemos. Y, sin embargo, cuántas veces lo olvidamos. De muchos modos nos lo dice: el más grande entre vosotros debe hacerse el último y el servidor. “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?” “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, también lo hagáis”. ¿Hemos entendido? ¿Tratamos de entender? ¿Lo entendemos haciéndolo?

—**Andrea Mardegan**

12 de abril

DOMINGO DE PASCUA

José de Arimatea y Nicodemo habían quitado de la cruz el cuerpo de Jesús y lo habían ungido -al Cristo, el ungido- con cien libras, es decir treinta y tres kilos, tantos, de perfume de mirra y áloe. El sepulcro estaba en el lugar donde Jesús fue crucificado, en un jardín que recuerda al jardín del Edén. Según una tradición, en aquel lugar fue sepultado Adán. Recuerda también al jardín del Cantar de los Cantares. Es el lugar de la creación del hombre y la mujer, el lugar del amor. El sepulcro nuevo es preparado por José y Nicodemo como un lecho nupcial, la mirra y el áloe son también los perfumes empleados en las bodas.

Juan comienza su relato de la resurrección de Jesús con la indicación del tiempo: el primer día de la semana, o el primer día después del sábado. *Una sabbatorum*, dice Marcos. El plural “sábados” en griego significa “semana”. Literalmente: “el uno de la semana”. El uno hace referencia al primer día de la creación, llamado así en Génesis 1, 5, en el que Dios creó la luz. Estamos en el día de la nueva creación. El día de la luz de Cristo. El día “uno” en el que están contenidos todos nuestros días.

María Magdalena no sabe nada de eso, pero el amor la mueve a ir hacia su amor, que ha muerto, que la había librado de siete demonios. Ve sólo la piedra quitada del sepulcro, entiende que ha ocurrido algo grande, pero lo lee en negativo, percibe una ausencia respecto a sus expectativas y deduce que han robado a su Señor. Corre a Pedro, que es el primero por el primado que le ha dado Jesús y, sobre todo, porque es quien ha hecho, más que nadie, la experiencia del amor de Cristo, que cubre la multitud de los pecados, y al otro discípulo, aquel al que Jesús amaba, para que la ayuden a reencontrarlo. El amor hace correr a Juan, y los ojos del amor le permiten echar una mirada y ver los lienzos tendidos: no es el escenario de un robo, todo está en orden.

Llega Pedro, que entra y contempla los lienzos tendidos. Ahora Juan: percibe perfume cuando entra, y no un olor de muerte, la mirra y el áloe. El sudario, que habla de muerte, está enrollado en un sitio aparte. El sepulcro, con los lienzos extendidos, nos dice que el entrar al sepulcro, en la hora de nuestra muerte, será una llamada nupcial hacia el amor de Dios. Y Juan ve y cree. Es el amor que abre la puerta a la fe. Como ocurrirá después a María Magdalena. En el relato de la resurrección de Lázaro, el sepulcro es citado solo dos veces, porque pronto acabará su misión. Aquí, entre sepultura y resurrección, es nombrado once veces. Sepulcro se dice *mnemeion* en griego: significa el lugar de la memoria. Aquel sepulcro es el lugar de la memoria más importante de nuestra fe: Cristo ha resucitado, la vida ha vencido a la muerte.

—**Andrea Mardegan**

19 de abril

DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Aquel día es el día “uno de la semana”, que recuerda al día “uno” de la creación, cuando fueron creadas la luz y las tinieblas. En aquel día “uno” de la nueva creación, el Resucitado, la luz del mundo, encuentra a Magdalena a la luz del amanecer y de su amor, y le dice que anuncie a sus hermanos que él ha resucitado. Pero ellos no le creen, y piensan que es un desvarío de mujeres (Lc 24, 11). Y se encierran en el luto del desastre del viernes, en el miedo irracional de que les ocurra a ellos lo mismo que a él. Cierran el cenáculo con cerrojo. Afuera, en el jardín, el sepulcro nuevo está abierto de par en par. Aquí, en su casa, están encerrados como en una tumba.

Caen las tinieblas de la noche. Y Jesús, que había encontrado a Magdalena en la luz, va a los suyos, como fue a librar las almas de los infiernos, en la oscuridad de su sepulcro de miedo. Entra en el cenáculo para abrirlo a la nueva luz. Derrota el miedo, aliado del demonio, con su presencia viva. Lo vence llevando la paz. El miedo, que siempre lleva consigo angustia, sospecha, terror ante lo imprevisto, desconfianza de todos, es vencido por la paz. La paz de Cristo vence al miedo. Los apóstoles entrevén la posibilidad de ser nuevas cria-

turas porque la vida ha vencido a la muerte. Nuevos Adanes, en quienes Dios sopla su espíritu para que lleven la paz del perdón a todos. La misericordia de Dios lleva la paz y vence el miedo. Los discípulos intentan empezar con Tomás, pero les va mal. Les contesta como ellos contestaron a Magdalena. El primer intento apostólico de Pascua es un fracaso. Menos mal que Tomás permanece con los demás y que ellos tienen paciencia. Jesús había dicho a María de Magdala: “*Ve donde mis hermanos*”: allí me encontrarás, allí nos encontraremos de nuevo. Estaré en medio de ellos, resucitado, todos los días de la historia.

Tomás recorre el mismo camino y no se equivoca. Me quedo con ellos. Con la Iglesia naciente. Quizá vuelva. Y llega, en el primer aniversario semanal de su resurrección, y presenta su carta de identidad: las llagas abiertas y no sangrantes. Soy yo mismo. Tomás, pon tu mano, símbolo del poder, en mi mano herida por el amor. Tus dedos mételos en mi costado, de donde ha nacido la Iglesia, que sois vosotros que estáis aquí. Tomás queda conquistado al sentirse amado por Jesús tal como es, en su pecado de incredulidad, y se siente animado a cambiar: ¡tú puedes creer! “*Señor mío y Dios mío*”, es el acto de fe más fuerte en la divinidad de Cristo, mientras le toca las heridas humanas y divinas. Como nosotros en la misa. Tomás nos ha representado a cada uno de nosotros en el cenáculo, y ha actuado en nuestro nombre. Gracias también a él podemos decir: “Señor mío y Dios mío”, y ser felices por creer sin haber visto.

—**Andrea Mardegan**

26 de abril

III DOMINGO DE PASCUA

En aquel día de la resurrección del Señor, dos de ellos abandonan Jerusalén. Dista once kilómetros su corazón del lugar del amor que salva. No creen en el sacrificio del amor supremo. Piensan que ha ganado el poder de los hombres. Presos de una crisis de fe y de desilusión, huyen, y Jesús los alcanza. Les ofrece una primera Misa dominical de Pascua itinerante. No quiere que el mismo día de su victoria sobre la muerte dos de los suyos se alejen tristes. El deseo ardiente de comer la Pascua con los suyos sigue siendo fuerte: desea llegarse a todos, y siempre. Los dos hablan de Él, y Él está presente. Siempre está presente, de modo particular si hablamos de Él. Los dos son prototipo de aquellos que no lo ven -no lo vemos- porque están llenos de pensamientos y explicaciones. Discuten, y se alejan.

Jesús camina con ellos. Aprendamos a ponernos a lado de los amigos, a andar en la misma dirección, quizá también la equivocada, durante algunos kilómetros. No importa, es la justa porque vamos juntos: es el amor que salva. Y les pregunta, con verdadero interés por su vivencia. ¿De qué discutáis? Y ellos: ¿pero eres tú el único que no lo sabe? Prototipo

de los que nos preguntamos: ¿dónde estaba Dios en aquella tragedia? Y Dios calla: pero estaba ahí. Es más, ese drama le sucedió a El mismo. Más a Él que a nosotros. Y Jesús escucha su verdad. Es verdad, también existe la resurrección, pero a Él no lo han visto, dicen. Después del desahogo están abiertos a escuchar. Jesús puede hablar: “¡*Necios y lentos de corazón!*”. Y les explica el sentido del amor en la pasión y en la cruz, abriéndoles las Escrituras.

Acercar la palabra de Dios a nuestros corazones y a nuestras mentes. Así se caldea de veras el corazón, y se llena de sentido la propia mente. Jesús les hace entender que si quieren irse más allá, está dispuesto a seguir. Pero ellos quieren pararse: vivir con él, tenerlo en su casa. Sólo él tiene palabras de vida eterna. Sus discusiones inútiles se han derretido a lo largo del camino. Entran en la casa cálida, junto a la mesa que calienta el corazón. Y él se recuesta con ellos a la mesa, dice en griego Lucas. Y toma el pan, y lo bendice, y se lo da. Lo reconocen en su gesto habitual, en su don de sí mismo. Dice el original que en aquel instante “*se tornó invisible para ellos*”. No se va. Está ahí, con ellos. Está en ellos, ahora que creen no tienen necesidad de verlo. Se han convertido en Cristo, y cambia todo: no hay ya oscuridad, siempre es de día, no hay más peligros, la dirección de su camino se convierte en la opuesta, y regresan a Jerusalén, y a la comunión con los demás, la conversación entre ellos es hermosa. El encuentro con Cristo resucitado, con su palabra, con su Eucaristía, con su muerte y resurrección, cambia toda la vida.

—**Andrea Mardegan**

3 de mayo

IV DOMINGO DE PASCUA

Tienen la experiencia del ladrón que se acerca al rebaño para robar los animales. Llega de noche, salta el muro y escapa llevándose alguna oveja, antes de que llegue el guardián. En cambio, el pastor llega en un día normal de pastoreo, el guardián (el Padre) le abre, entra por la puerta e inicia su trabajo. Conoce a las ovejas una por una, por su nombre. Para los de la ciudad todas parecen iguales, pero el pastor de verdad las conoce, y las llama por su nombre. Y ellas reconocen su voz y se dejan guiar.

Juan escribe estas palabras de Jesús justo después de la historia del ciego de nacimiento y de la gran discusión que produjo aquel milagro. Está explicando ese hecho. Pero los oyentes no entienden. Nosotros, con la experiencia de Cristo y de su Iglesia, podríamos decir: tú eres el pastor, nosotros somos las ovejas y nos sentimos conocidos y llamados por ti por nuestro nombre, y estamos contentos de que nos hagas salir del recinto para conducirnos hacia pastos verdes y aguas tranquilas. Nada me falta, porque tú eres mi pastor. Aunque me llevaras por cañadas oscuras no temería ningún mal. ¿Quizá querías decir a aquellos fariseos que han vuelto

loco al pobre ex ciego de nacimiento que no han actuado como buenos pastores con él, sino como ladrones y bandidos, como extraños, de los que las ovejas no reconocen la voz?

No entienden. Tienen la mente oscurecida. Jesús se ve obligado a explicarlo con palabras abiertas, y cambia la imagen para ser entendido más claramente. Del pastor pasa a la puerta de las ovejas. Quizá cuando hablaba se encontraba cerca de la puerta de las ovejas de Jerusalén, aquella por la que pasaban las ovejas destinadas a los sacrificios del templo, y por la que los hebreos entraban para estar cerca de Dios. Aquella puerta, dañada por los babilonios en los tiempos del exilio, fue reconstruida al regreso. Fue la primera que se terminó y la única que se consagró, porque conducía al templo (cfr. Ne 3, 1). “Yo soy la puerta de las ovejas”. Expresión fuerte con la que Jesús se presenta como el nuevo Templo. “*Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon*”. Está hablando también de ellos: al ciego de nacimiento que ahora ve, no lo han escuchado. En cambio, a través de Jesús-puerta, ha entrado en su reino. Le ha pasado aquello que Jesús explica: “*Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos*”. “Yo soy”, recuerda el nombre con el que Dios se llama a sí mismo (Ex 3, 14). “La puerta”: entrar en el templo y en comunión con Dios. Para entrar y salir con libertad. Para no quedarse fuera, en manos de los bandidos, o en un recinto cerrado. Entrar por ti, entrar contigo, entrar a través de ti. Para recibir de ti la vida, y en abundancia.

—**Andrea Mardegan**

10 de mayo

V DOMINGO DE PASCUA

En el momento del adiós, Jesús dirige a los suyos intensas palabras de seguridad y de ternura. “*No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas...*”. Querriamos recordarlas siempre, en el atardecer de nuestros días y al comenzar la jornada: “*No se turbe vuestro corazón*”. En las horas oscuras del alma y en las dificultades del camino: “*Tened fe en Dios y tened también fe en mí*”. En los nudos familiares y en los problemas del trabajo, en las relaciones difíciles y en los momentos hermosos: “*En la casa de mi padre hay muchas moradas*” (hay lugar, hay habitaciones para todos. Es una casa acogedora). En las horas sublimes del amor y delante de los milagros de la naturaleza y de la gracia: “*Volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros*” (“donde estoy”, no “donde estaré”; donde estoy ahora, en la comunión del Padre y del Espíritu Santo).

En este clima de intimidad, Tomás y Felipe intervienen con sus preguntas. Es conmovedor que las revelaciones más altas de sí mismo y de su designio de redención Jesús las haya hecho como respuesta a preguntas de los suyos. Una pasión

que tiene desde el inicio es la de no hacer nada solo, con pocas excepciones: los cuarenta días en el desierto (aunque luego intervienen ángeles y fieras), algunos momentos de oración en soledad, el sepulcro y la resurrección. En lo demás cuenta con nosotros, siempre y en todo. No viene al mundo sin el sí de María y el de José, llama a pastores y Magos a adorarlo. En la vida pública se rodea de discípulos y siempre está entre la gente. En Getsemaní: los tres apóstoles. Sobre la cruz: María, las mujeres, el discípulo amado, el buen ladrón.

La afirmación “*adonde yo voy, ya sabéis el camino*” provoca en Tomás una pregunta impertinente, porque entre ellos hay un sincero clima de familia: “*Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?*”. Jesús responde con claridad y profundidad insondables: “*Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí*”. Jesús es el camino, es la verdad de Dios que revela, es la vida de Dios que se nos dona. Gracias, Tomás, por tu pregunta. Después añade, casi para provocar otra pregunta: “*Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto*”. Felipe reacciona: “*Señor, muéstranos al Padre y nos basta*”. Así permite a Jesús una profundización sublime sobre la relación entre él y el Padre: “*Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre*”. Te estaremos siempre agradecidos, Felipe.

La conclusión es de vértigo: “*En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre*”.

—**Andrea Mardegan**